



LA SOLEDAD EN LA ANTIGUA COLEGIATA, UNA DEVOCIÓN MUY ECLESIAÍSTICA

En un anterior artículo nuestro se ponía de manifiesto la presencia en la Junta de Gobierno de la Hermandad durante su primer siglo de vida de un grupo de hombres pertenecientes a los estratos más elevados de la población de Olivares de aquella época, junto a otros de la incipiente burguesía y un significativo número de dignidades y canónigos. En esta ocasión nos vamos a detener en el importante papel que éstos últimos desempeñaron en la puesta en marcha y posterior auge de la corporación, al tiempo que glosaremos la más que notable presencia de la iconografía de la Soledad de la Virgen en el templo colegial y la peculiar forma de vestir a la Dolorosa titular de la Hermandad en aquellos años del siglo XVIII.

Esa intervención destacada de los canónigos en la creación de la Hermandad puede deberse a un hecho en el que hasta el momento no parece que nadie haya reparado, y que no es otro que la intensa devoción que el Abad D. Francisco Rico Villarroel sintió hacia Nuestra Señora en el misterio de su Soledad. Este Abad, de origen zamorano, que rigió los destinos de la Colegiata durante treinta años, poseía en su oratorio particular un cuadro de considerable tamaño (medía casi dos metros de alto) con el tema de la Virgen de la Soledad, que a su muerte a finales de 1712 pasó a la Colegiata, desconociéndose hoy su paradero.



Debemos tener en cuenta que las personas que poseían oratorio en su casa, que no eran muchas y siempre pertenecían a la aristocracia civil o religiosa, reservaban para este espacio sagrado sus más íntimas devociones. En el caso del Abad Rico Virrarroel, el hecho de que se tratase de este tema pasionista de la Virgen no puede pasar desapercibido, mucho menos si tenemos en cuenta que durante su mandato se compraron otros dos lienzos con el mismo tema para la iglesia, que formaban pareja con otros dos que representaban al Ecce Homo; los cuadros se pintaron hacia el año 1706 y se dice en los documentos de la época que primero se adquirieron «dos santas imágenes de un Ecce Homo y Nuestra Señora de la Soledad, copias del gran Morillo, en tarjetas de madera guarnecidas de terciopelo carmesí, y su cordón de oro», que se colocaron en la Sala Capitular y pueden identificarse con las que aún hoy se hallan en el despacho parroquial. Y poco después se compraron «dos cuadros de un santo Ecce Homo y Nuestra Señora de los Dolores, con sus molduras doradas, costaron doscientos reales, para poner sobre los postigos del coro en la parte de adentro», lugar donde permanecen actualmente.

No dudamos que los gustos del Abad influyeron decisivamente a la hora de adquirir estas pinturas, y pensamos además que la fundación de la Hermandad de la Soledad pudo ser una iniciativa personal de D. Francisco Rico, pues a lo dicho se une la circunstancia de que este acontecimiento se produjo cuando el Abad estaba en sus últimos meses de vida. La notable presencia de canónigos en la primera Junta de Gobierno hace suponer que el nacimiento de esta nueva Hermandad podría haber sido una especie de legado espiritual del Abad a la Colegiata y al pueblo de Olivares, en el que había vivido tantos años.



Al hilo de esta reflexión sobre el protagonismo de los eclesiásticos en la primera etapa histórica de la Hermandad y los problemas que ello ocasionaba con los hermanos laicos, nos gustaría dar a conocer un curioso documento del archivo parroquial, una carta dirigida al Abad y redactada en 1760 que dice lo siguiente: “*Rvdmo. Sr. Abad: D. Miguel de Villegas, presbítero vezino de esta Villa, en nombre y como apoderado del a cofradía y hermandad de N^o S^o de la Soledad situada en la insigne Iglesia Colegial de esta V^a, como mejor proceda de derecho y sin perjuicio de otro que a dicha Hermandad competa, comparezco ante V. S^a Rma. Y digo que haviéndose dicha hermandad mantenido con el mayor lustre y estimación por componerse de los sujetos más principales y condecorados de esta dicha V^a, y entre ellos la mayor parte del cabildo eclesiástico y clero de ella, y haviéndose por lo mismo observado particular régimen y gobierno para no decaer en cosa alguna, ni en el culto de las imágenes, ni en la estimación de dicha hermandad, contra todo estoy en perjuicio y menosprecio de ella, y principalmente de los eclesiásticos que la componen, y en injuria de ellos, Joseph Venitez, uno de sus hermanos, por sus fines y motivos particulares, y no estar satisfecho de las rectas providencias que se dan por dicha hermandad, escribió la esquila que presento y juro a Don Francisco Delgado y Camargo, Presbítero Prebendado de esta Insigne Colegial, y hermano mayor de dicha Cofradía y hermandad, habiendo llegado a tanto la audacia de dicho Joseph Venitez, que sin embargo de que en dicha esquila expone que una vez que se gobierna por clérigos dicha Cofradía, que todo tiene que andar desarreglado ...*” Continúa el denunciante pidiendo al Abad que multe al tal Joseph Venitez por su panfleto, curioso incidente cuyo desenlace no conocemos.



*Dolorosa Vestida al estilo sacerdotal.
Libro de Reglas de la Hdad. de la Amargura*

Para terminar mencionaremos otro detalle que abunda en nuestra tesis inicial, y que nos habla de que la influencia clerical llegaba incluso a la forma de vestir a la imagen de la Santísima Virgen. En realidad, se trataba de una influencia en este caso justificada, pues lo cierto es que éste era un atuendo común en aquellos años a la mayor parte de las dolorosas, como puede observarse en las miniaturas pictóricas en muchos libros de reglas: nos referimos a que la Virgen de los Dolores era ataviada, tanto en su altar como para las procesiones, con una estola de terciopelo negro que tenía sobrepuestas seis “insignias” o símbolos de la Pasión realizados en plata de ley. Esta interesante pieza, que no ha llegado a nuestros días, aparece mencionada en los inventarios de la Colegiata hasta bien entrado el siglo XIX. La estola caía sobre los hombros de la Virgen (del mismo modo que aún la usan los sacerdotes) y se cruzaba a la altura del pecho.

Hay que decir que esta forma de vestir a la Virgen como “sacerdotisa” se remonta en tierras sevillanas hasta el siglo XVI, y en último término se basa en las formulaciones de algunos teólogos y místicos que aluden a que María participó de alguna manera del sacerdocio de Cristo, basándose en la presencia de la Virgen “de pie junto a la Cruz de su Hijo”. Conviene recordar que la forma de vestir a las imágenes dolorosas de la Virgen, tal y como hoy las conocemos, corresponde a una “moda” iniciada a mediados del siglo XIX, cuando se rompió con esta hermosa tradición, tan poco conocida y teológicamente sugestiva, de la cual también la Virgen de los Dolores fue partícipe.